

biblioteca **André
Comte-Sponville**

Lo inconsolable y otros impromptus



ANDRÉ COMTE-SPONVILLE

**LO
INCONSOLABLE
Y OTROS
IMPROMPTUS**

Traducción de Núria Petit

PAIDÓS

Título original: *L'inconsolable et autres impromptus*, de André Comte-Sponville
Publicado originalmente en francés por Presses Universitaires de France

1.ª edición, septiembre de 2019

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Presses Universitaires de France / Humensis, 2018

© de la traducción, Núria Petit Fontserè, 2019

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2019

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3610-2

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 16.292-2019

Impresión y encuadernación en Huertas Industrias Gráficas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

Prefacio	11
Lo inconsolable	13
La alegría de vivir	27
Del aburrimiento y de la escuela	43
Beethoven	61
De una pasión a otra (acerca de <i>El jugador</i> , de Dostoievski)	87
Jules Laforgue, el poeta de los domingos	103
El otro maestro (recuerdos referidos a Louis Althusser) . .	135
La naturaleza y nosotros	153
Sobre los derechos de los animales	169
Soledad y aislamiento (a propósito de la escucha en SOS Amitié)	183
Como una nueva alianza	193
Cuatro palabras y un silencio	207
Fuentes	221

Lo inconsolable

Jamás he sabido consolar. Las mujeres con las que he vivido me lo han reprochado a veces, y lo comprendo. ¿Para qué vivir juntos si no es para aminorar el sufrimiento? Se me responderá que también están los placeres y las alegrías a las que tienden principalmente nuestros amores o nuestras parejas. Por supuesto. Pero la vida, cuando hiere o mata, es demasiado difícil, demasiado frágil y demasiado dolorosa como para que el consuelo no sea también una necesidad. ¿Legítima? Todas las necesidades lo son cuando las provoca el sufrimiento. Lo cual no significa que el consuelo sea un derecho que podamos exigir. Solo se puede exigir lo que es posible, y el consuelo no siempre lo es. Pero cuando uno puede hacerlo, consolar al que sufre es un deber.

Ahora bien, ¿es culpa nuestra que no podamos hacerlo todos ni en todas las circunstancias, y que a veces solo seamos capaces de compartir, y no de aliviar, el dolor o la angustia? ¿Cómo confortar contra el horror? ¿Cómo proteger frente al destino? Cuando la desdicha se impone, y eso ocurre en algunas ocasiones, solo un milagro podría salvarnos. Pero si se obra el milagro, ya no hace falta el consuelo.

Todo depende, claro está, de la magnitud de la desdicha. Los pequeños disgustos y las contrariedades son el objeto natural

del consuelo. No hay nada más fácil que consolar a un niño disgustado por alguna nimiedad. Si es un rasguño o un moratón, bastarán un beso o una carantoña. Si es un juguete roto, siempre se puede reparar o comprar uno nuevo; y, además, cariño, la vida es así, los juguetes no son eternos y las penas tampoco... Si se trata de una ofensa, una disputa o una injusticia, normalmente también se puede apaciguar, reconciliar o reparar. Y te topará con otras, como todo el mundo; eso no es nada, o casi nada, simplemente estás aprendiendo el oficio, el arduo oficio de vivir. Mañana te sentirás mejor, y dentro de ocho días ni te acordarás. Mira qué buen tiempo hace. ¿Y si fuéramos a la piscina?

Pero ¿cómo consolar al niño que se está muriendo?

¿Y a los padres de ese niño?

Hay cosas irreparables; y por eso necesitamos consuelo.

Hay cosas inconsolables; de lo contrario, los adultos no necesitarían ser consolados.

Quizás por eso se ha inventado la religión, que es una especie de consuelo absoluto. Y por eso prefiero el ateísmo, que frente al horror solo conoce el combate o el propio horror.

El consuelo no es lo mismo que la compasión. Compadecer es padecer con alguien, lo cual jamás ha consolado a nadie. Por otra parte, se puede consolar sin sufrir; y si se sufre demasiado, no se puede consolar. Para quien quiera aliviar el sufrimiento ajeno, la ausencia o la moderación del sufrimiento propio son, por lo tanto, una condición casi necesaria o, en todo caso, una ventaja. Recuerdo que cuando perdí a un hijo no hallaba consuelo en el sufrimiento de mis allegados, que sufrían conmigo o sufrían por mí. En cambio, un amigo me ofreció durante todo un día su alegría, su buen humor, su gracia. Hablaba de cualquier cosa, incluido el horror de lo que acababa de ocurrirnos a mi mujer y a mí, pero también de su trabajo, de la política, de sus amores, de los amigos comu-

nes... Bromeaba, y aquello me hacía bien. «La verdad es que no quiero fingir —me dijo—. Yo no estoy de luto, no es mi hijo el que ha muerto, y, además, no tengo hijos.» Quizás fuera eso lo que lo hacía más ligero, el no poder identificarse con mi dolor ni compartir del todo la angustia que yo sentía al pensar que esa desgracia podía volver a golpearme. Mejor para él. Y mejor para mí. Su ligereza me era más beneficiosa que el peso abrumador de la tristeza, auténtica o fingida, de otros muchos. En la medida en que podía haber consuelo, me consolaba a su manera, por lo que había en él de vida invicta, entera, indemne. ¿Invencible? Ninguna vida lo es, y eso —la fragilidad universal— actuaba como un consuelo más. «Deslizaos, mortales, no os apoyéis.» Este amigo es pintor, y mientras charlaba conmigo seguía pintando el cuadro que tenía a medias. Yo lo miraba trabajar. Me gustaba que sus colores dieran fe de la permanencia del mundo, de la belleza, de la verdad; que perpetuaran una alegría imposible para mí en aquel entonces. Eso me recordaba que el horror no es la regla. Que el horror no es universal. Que el horror no es permanente. Este es el secreto del consuelo, cuando es posible, y de su sucedáneo, cuando no lo es. El saber del mundo. La alegría del mundo. El esplendor del mundo. Por eso la naturaleza consuela mucho más que nuestras ciudades. El universo, mucho más que nuestras obras. Una sonrisa, mucho más que unas lágrimas. Lo único bueno es la alegría. Lo único verdadero es lo real. Pero de la primera no siempre somos capaces, ni, por lo tanto, de amar lo segundo.

«El amor —decía Spinoza— es una alegría acompañada por la idea de una causa exterior.» Por lo tanto, es una alegría frágil, como lo son todas; se torna tristeza, casi inevitablemente, en cuanto el mundo nos hiere o nos decepciona, en cuanto una causa exterior nos falta o nos duele. Si me regocijo por la existencia de un amigo, ¿cómo no voy a estar triste al verlo sufrir o morir? La alegría pocas veces es obvia, y raras veces viene sola. ¿Existe el amor sin angustia? ¿Existe la vida sin

dolor? ¿Existe la felicidad sin heridas? ¿Y querría alguien renunciar a ella por esa razón?

La melancolía, decía Freud, se caracteriza por «la pérdida de la capacidad de amar», lo cual la emparenta con el duelo, que es como una melancolía reactiva, provisional y normal. Luego el tiempo pasa, y el sufrimiento poco a poco se apacigua. El trabajo del duelo: aceptar, soportar, superar; y amar, a pesar de todo. Es como un consuelo en primera persona. Y el consuelo, inversamente, es como un duelo en segunda persona o mutuo. Consolar a alguien es acompañarlo en ese trabajo, es ayudarlo, en la medida de lo posible, a realizarlo, y a veces se puede. No en su lugar, sino a su lado. No por él, sino con él. Se trata de lograr que al menos la alegría vuelva a ser posible. Que al menos la vida vuelva a ser vivible. Y lo serán, en efecto, si se les deja tiempo. Porque eso es lo que el consuelo recuerda, lo que anticipa, lo que acompaña, lo que fomenta, lo que favorece... Por eso es tan valioso, tan necesario, tan raro. Solo el tiempo apacigua y solo el amor consuela.

La compasión comparte el sufrimiento, y, a veces, es una forma de aligerar la carga. El consuelo compartiría más bien el placer, la ternura, la paz, la posibilidad de felicidad o de serenidad que aún subsiste... No se excluyen mutuamente (lo normal es intentar consolar con la compasión), pero tampoco pueden confundirse. La compasión es a la vez un sentimiento y una virtud. El consuelo es un acto y un don. Por tanto es la compasión la que en general se impone, pero el consuelo vale más. ¿Quién no prefiere ser consolado a ser compadecido?

Me vienen a la memoria dos frases que aparentemente son contradictorias. La primera es de Pascal: «Poca cosa nos consuela porque poca cosa nos aflige». La segunda, de Stig Dagerman, es el título de un breve ensayo que escribió poco antes de suicidarse: «Nuestra necesidad de consuelo es imposible

de saciar». Ambas me parecen ciertas; si tengo razón, es que no se contradicen del todo.

Pascal se refiere a nuestra pequeñez, a nuestra miseria, nuestra vanidad. Basta muy poco para consolarnos o afligirnos, y esa poca cosa es como nosotros, por su propia angostura. El mayor duelo es prisionero de ella, que lo circunscribe y en cierto modo lo relativiza: «¿Por qué ese hombre que ha perdido hace pocos meses a su único hijo y que, abrumado por procesos y litigios, estaba tan trastornado esta mañana, ahora ni siquiera piensa en ello? No os sorprenda: tiene toda la atención puesta en el lugar por donde pasará el jabalí que sus perros persiguen con ardor desde hace seis horas. No se necesita más». O, también en los *Pensamientos*: «Acaban de tirarle una pelota, y se la tiene que pasar al compañero». Poca cosa nos consuela, porque poca cosa nos distrae, nos ocupa, nos «atrapa», como decía Montaigne. Pero esa debilidad también es lo que nos expone permanentemente a la desdicha o al riesgo de ser desdichados, lo que hace que jamás ningún consuelo sea suficiente para nosotros. Poca cosa nos aflige, puesto que poca cosa nos hace vivir o nos mata. La distracción permite olvidar, a veces. Pero no protege. No salva. El consuelo no es una salvación, pues solo la salvación podría consolarnos de verdad.

Esto es lo que justifica la afirmación de Stig Dagerman según la cual «la necesidad de consuelo que conoce el ser humano es imposible de saciar», puesto que la desdicha siempre renace o se cierne amenazante. Habría que impedirnos morir, impedirnos sufrir, impedirnos estar solos. ¿Y quién puede hacerlo? Sin embargo, no hay ninguna desdicha que sea mayor que nosotros, que no acabe retrocediendo un día u otro ante nuestros pequeños placeres, nuestras pequeñas preocupaciones, nuestros pequeños quehaceres. «Distráete —se le dice al que sufre—, sal, trabaja, piensa en otra cosa.» El consejo es trivial, pero bueno. Erige la distracción como remedio, y resulta tan eficaz como insatisfactorio. Le

da la razón a Pascal: la distracción fija la medida del hombre, su felicidad o desdicha, y esa medida es estrecha. Pero no le quita razón a Dagerman: ninguna desdicha es mayor que nosotros, pero ninguno de nosotros es más fuerte que la desdicha. Por lo tanto, estamos todos siempre expuestos a ella, y cuando golpea con fuerza, somos demasiado débiles para poder oponerle algo distinto a nuestra propia debilidad. Lloramos, dormimos, nos embrutecemos con drogas o con trabajo... Después salimos, vemos a los amigos... Y pensamos en otra cosa. Un viaje, una película, un éxito profesional o de amor propio... Miseria del hombre: que tan poca cosa pueda consolarlo (Pascal), y que lo necesite tanto (Dagerman). Por lo tanto, el consuelo es siempre posible —mientras la desdicha no nos mate— y siempre necesario, y siempre insuficiente. Es falso que lo que no te mata te hace más fuerte, o, en todo caso, no es más que una posibilidad. Pero es cierto que la vida, mientras dura, resiste a la desdicha misma que la abruma cuando está ahí o cuando no cesa de amenazarla, cuando no está o cuando no está presente todavía. El hombre es un ser que puede ser consolado, y que debe serlo, y que jamás puede ser consolado en la medida suficiente ni tampoco definitivamente.

También hay que decir que Pascal cree en Dios, en tanto que Dagerman ni siquiera cree en el ateísmo. Si el primero puede burlarse de nuestros consuelos, es porque Dios es un consuelo mejor, un consuelo que sustituye a todos los demás. El segundo es inconsolable y, al ser menos genial, resulta también más enternecedor, más fraternal, más humano. La fe es un consuelo anticipado: es tener una felicidad de antemano, y tal vez de sobras. «Bienaventurados los afligidos porque serán consolados.» Pero, si son bienaventurados, ¿por qué necesitan consuelo? Y si no lo son, ¿de qué les vale el consuelo? Esa religión huele a negación; o, mejor dicho, una religión, sea la que sea, no es más que una negación eficaz. Sobre este tema, el Evangelio de Lucas es más severo, más inquietante,

más certero que el de Mateo. Invita a no consolarse con demasiada facilidad: «Ay de vosotros, los ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo». Yo diría lo mismo de esa riqueza que es la fe. ¡Ay de vosotros, los ahítos de espíritu! ¡Ay de los creyentes que se consuelan demasiado pronto! ¡Ay de los consolados, si su consuelo —fe o distracción— no es más que olvido de la desdicha!

¿Otro consuelo? La alegría, cuando vuelve, cuando renace, siempre frágil, siempre salutífera, como la parte de nosotros que no necesita ser consolada, y que, sin embargo, consuela, o por eso precisamente. El consuelo no olvida ni anula la desdicha. Ayuda a soportarla, a atravesarla, a superarla. La distracción vale más que el horror. Y el amor, más que la distracción.

También a veces los consuelos, lejos de ayudarnos a dominar la pena, nos ayudan a enmascarar su ausencia o su pequeñez. Nietzsche, como buen psicólogo, lo señala con gracia: «Cuando alguien muere, generalmente se necesitan motivos de consuelo, no tanto para calmar el dolor como para tener una excusa por sentirse consolado con tanta facilidad». La vida sigue, como se suele decir, y todo el mundo es feliz —si la pérdida no es demasiado atroz— simplemente por seguir con vida. Mejor él que yo. Mejor el duelo que la muerte. ¿Cuántas muertes hay que nos regocijan, nos liberan y nos confortan incluso? ¿Cuántos cadáveres nos son indiferentes, livianos, casi agradables? Son como un peso que nos quitan, un obstáculo menos: ya no están vivos y eso hace que vivamos mejor. Entonces fingimos consolarnos, para olvidar que no lo necesitamos, que la muerte del otro no nos afecta, o que no nos afecta realmente, que nos deja intactos y dispuestos, que incluso nos estimula a vivir... Pequeñez del hombre: demasiado pequeño para no sentirse aliviado mientras el destino solo golpee a los demás, o abrumado cuando le toca a él. «Todos

tenemos fuerzas suficientes para soportar los males ajenos», decía La Rochefoucauld. Esto solo es falso cuando amamos al otro tanto o más que a nosotros mismos (es el caso de los padres respecto a los hijos), lo cual no es muy frecuente. Las palabras de consuelo nos dicen lo que queremos oír, porque ya lo sabemos, o lo que quisiéramos creer y ya no somos capaces de pensar. Vienen a enmascarar o a restablecer el egoísmo, a confortar o a reconfortar la pulsión de vida. Sería un error despreciarlas, puesto que en efecto hay que vivir y perder y seguir. Nadie es demasiado fuerte ni demasiado débil para ser consolado. Nadie puede prescindir totalmente de esas palabras que ayudan a vivir o a no morir.

Pero ¿qué palabras? El consuelo fue todo un género literario y filosófico, tan practicado en la Antigüedad como obsoleto hoy día. No es una coincidencia ni un simple efecto de moda. Frente al dolor, los antiguos no dudaban en razonar, en argumentar, como vemos en Séneca o en Boecio; y a nosotros a menudo nos cuesta seguirlos por ese camino. Porque ellos creían en la razón mucho más de lo que nosotros sabemos hacerlo. Y quizás también, y sobre todo, porque creían menos en el mal, en el horror, en lo inadmisibile. Sus argumentos—de inspiración predominantemente estoica o platónica—están destinados a convencernos de que la muerte no es un mal, de que el sufrimiento no es un mal, de que nada de lo que perdemos nos afecta absolutamente, puesto que nada nos pertenece, nada se nos debe y lo único que tenemos es el valor y la razón, y con ellos basta. Querrían persuadirnos de que no tenemos motivo para sufrir; paradójicamente, su consuelo no culmina hasta que aparece como carente de objeto. Pero ¿qué nos importa tener o no razón cuando sufrimos? ¿Y quién no ve que el amor y el dolor son ya razón suficiente?

¿Para qué quejarte, nos dicen en definitiva, puesto que todo pasa y desaparece, puesto que todos sufren y mueren?

¡De eso me quejo precisamente! Y lejos de consolarme, eso es justamente lo que hace que necesite consuelo. ¿Cómo pueden los sufrimientos de los demás suprimir el mío, que se añade al suyo? Solo lo hacen más banal, a veces lo aligeran incluso de la cruel sensación de injusticia. Pero aunque todo el mundo sufriera conmigo, que no es el caso, o sufriera algún día, como en efecto ocurre, no por ello sufriríamos menos. La banalidad de la desdicha no ha bastado jamás para abolirla. Y la necesidad universal de consuelo no ha bastado jamás para consolarnos.

Por otra parte, Séneca reconoce que antes de argumentar contra él, hay que esperar que el sufrimiento, con el tiempo, se haya calmado un poco:

Yo sabía —le escribe a su madre— que no debía atacar de frente tu dolor en la violencia de su primer arrebato, porque el consuelo solo hubiese conseguido irritarlo y aumentarlo; así como en todas las enfermedades, nada hay tan pernicioso como un remedio prematuro. Esperaba, pues, que tu dolor agotase sus fuerzas por sí mismo y que, preparado por la dilación para soportar el medicamento, permitiese tocar y cuidar la herida.

Era admitir que el dolor, cuando estalla, es más fuerte que nosotros, más fuerte que la razón; o, mejor dicho, que esta no tiene fuerzas contra la desmesura de aquel. Por lo tanto, es en primer lugar el tiempo el que consuela, apacigua y cura. Es la vida la que en primer lugar se defiende, resiste, se mantiene a flote como puede, se acostumbra... Nuestras palabras pueden acompañar este movimiento, pero no pueden por sí solas suscitarlo ni sustituirlo.

Nuestras palabras, nuestros gestos, nuestros silencios... No son nada, pero algo pueden. A veces basta con estar presente, disponible, con saber escuchar, saber abrazar, saber acariciar... Los argumentos nada pueden contra el horror. Las palabras o los gestos de amor pueden más. La vida puede

más, mientras dura, y la razón solo tiene sentido a su servicio, no en su lugar. ¿Pensar la propia vida? Sí. Pero eso jamás ha bastado para vivir el propio pensamiento, y menos aún el de los otros...

En esto somos menos confiados que los antiguos. Digamos que nos tomamos la desdicha más en serio. No podemos aceptar ningún consuelo que venga a explicarnos que sufrir es un error. ¿En nombre de qué vamos a refutar un dolor? ¿Y para qué, puesto que sufrimos? Más bien quisiéramos que nos dieran razones para sufrir de otra manera, y para sufrir menos, para seguir viviendo, y viviendo mejor. Si el pensamiento puede aportar algo, y sin duda puede hacerlo, no es negando el mal, como a veces en el estoicismo, sino examinándolo con atención. Mirar la desdicha de frente, más que intentar rehuirla. Tocar fondo, más que dejarse llevar.

Ya lo vio Stendhal, que en su diario escribe: «Un medio para consolarse es mirar de cerca el propio dolor». Eso impide exagerarlo e, incluso, sucumbir totalmente a él. Pensar el sufrimiento ya es en realidad un medio para escapar de él, siquiera un poco, puesto que la verdad no sufre. Spinoza es mejor maestro que los estoicos, aunque es igual de duro, o tal vez porque lo es más. No trata de decirnos que todo está bien, que los muertos son envidiables, que la providencia —en la que no cree— le da a cada uno su merecido. Más bien nos ayuda a pensar que el universo es indiferente al bien y al mal, que no hay justicia inmanente ni juez transcendente, que todo vale únicamente por el amor que le ponemos, que nada está mal si no es por el mal que nos causa, y, en definitiva, que somos nosotros los que debemos transformar la realidad, cuando podemos, y adaptarnos a ella, cuando no hay más remedio, y que esta es —a través del conocimiento, el amor y la acción— la única felicidad accesible. Lucrecio y Montaigne, con otras palabras y con otras ideas, nos acompañan por el mismo camino, que es de vida y muerte, de placeres y penas. Tal vez son más certeros, tal vez son más cercanos, ven mejor

nuestra debilidad, nuestra miseria, nuestra angustia... Por eso los aprecio más. No me gustan los filósofos que consuelan, o solo me gustan los que lo hacen sin mentir, sin fantasear, sin abolir el dolor ni la fatiga, sin inventar otra vida distinta de esta, que sufre y muere. Filosofía trágica: filosofía del consuelo siempre necesario y siempre insuficiente, del dolor aceptado y superado, cuando se puede, del duelo eternamente repetido, siempre inacabado, del mordisco ininterrumpido de la realidad... Tal vez Montaigne solo escribió los *Essays* para consolarse de la pérdida de La Boétie. Lo consiguió, puesto que sobrevivió, y más bien fue feliz. Pero eso no le devolvió al amigo, ni compensó su ausencia. Se consuela como puede, pero sigue siendo inconsolable. La prueba:

Si comparo todo el resto de mi vida [...] con los cuatro años en que me fue dado disfrutar de la dulce compañía y del trato de La Boétie, no es más que humo, no es más que una noche oscura y tenebrosa. Desde el día en que lo perdí, no hago más que arrastrarme lánguidamente; y los placeres mismos que se me ofrecen, en vez de consolarme, redoblan el sentimiento de su pérdida. Como lo compartíamos todo, tengo la sensación de estar robándole la parte que le correspondía. Estaba ya tan hecho, tan acostumbrado a ser el segundo en todo, que ahora me parece que no soy más que una mitad.

Eso no le impide a Montaigne celebrar lo que ha vivido con La Boétie, lo que han vivido juntos. Y en otro pasaje lo explica. Acaba de mencionar a un amigo que ha perdido a su hijo, «un gentilhomme valiente y de gran porvenir», y que no se consuela por no haber sabido decirle cuando estaba vivo lo mucho que lo amaba, lo mucho que lo estimaba, lo mucho que lo necesitaba. «Este lamento me parece muy justo y razonable —comenta Montaigne—, pues, lamentablemente, yo mismo conozco por experiencia que no existe consuelo más dulce en la pérdida de nuestros amigos

que el que nos aporta saber que no hemos olvidado decirles nada y que hemos tenido con ellos una comunicación perfecta.» Es una lección dirigida a los seres vivos que somos, a los amigos que somos, a los parientes que somos o seremos. No ocultes tu amor. No lo des por sentado. No esperes a que sea demasiado tarde, a que solo sea posible el lamento, que constituirá una tortura suplementaria. Bastante carga es ya tener que consolarse de lo que se ha perdido. No añadas más tarde el lamento por lo que no fue. Luego Montaigne añade, como dirigiéndose a sí mismo: «¡Oh, amigo mío! ¿Valgo yo más por haber sabido apreciarlo o valgo menos? Sin duda mucho más. Su añoranza me consuela y me honra. ¿Y acaso no es una piadosa y grata ocupación de mi vida llorarlo eternamente? ¿Hay algún placer que pueda equipararse a esta privación?». No se trata de tener o no razón. Se trata de que la alegría venza a la tristeza, de que la gratitud, como decía Epicuro, venza a la nostalgia, de que la benignidad de lo vivido venza al sufrimiento de su privación. Es preferible haber perdido a La Boétie que no haberlo conocido. Cuando el duelo nos embarga, vale más sufrir por amar que no amar.

Plutarco cita esta frase de Epicuro: «Dulce es el recuerdo del amigo extinto». Es la fórmula del duelo fructífero, en la medida en que puede serlo. Uno se decía al principio: «¡Es atroz que ya no esté aquí!». Y al cabo de unos meses uno se dice: «¡Qué bien que haya vivido, que nos hayamos conocido y amado!». El trabajo del duelo no tiende a abolir la muerte ni a celebrarla, sino a aceptarla progresivamente, a integrarla en la totalidad de lo real, en la totalidad de la existencia. El mismo pensamiento que te desgarró hoy —ese recuerdo cómplice, ese momento de gracia o de placer— formará parte, dentro de unos años, de tu felicidad más secreta, más insustituible, más indestructible, aunque esté aureolada de nostalgia (¿qué dicha no lo está?), como el amor presente de lo que fue. ¿Qué hacer hasta entonces? Esperar. Soportar. Resistir. So-

brevivir. El consuelo da razones para ser valiente. No dispensa de serlo, ni puede bastar para serlo.

¿Consolar o tranquilizar? Las dos cosas. La una por la otra. El pasado solo nos tortura por causa del futuro, que nos agobia. Cualquier dolor sería soportable si durase únicamente un día. Cualquier ausencia se soportaría si fuese solo puntual. Cualquier fracaso, si solamente fuese provisional. Pero, por desgracia, están todos esos días que nos esperan, que habrá que pasar, que soportar, todos esos días y todas esas noches, y siempre el mismo duelo, siempre el mismo desgarró, siempre la misma pena. ¡Uno desearía dormirse y no despertar en diez años! Pero la desdicha o la angustia nos despiertan en plena noche, ahuyentan el sueño y el reposo hasta el alba. ¿Quién no teme el sufrimiento presente, que durará días y días, meses y meses, que nos espera y que, sobre todo, ya está aquí, aparentemente insuperable? ¿Y quién no siente ganas de llorar, recíprocamente, cuando el miedo lo devora? Por eso necesitamos que nos consuelen y al mismo tiempo que nos tranquilicen. ¿Qué diferencia hay entre ambas cosas? El consuelo se refiere más bien al pasado; tranquilizar (no hay sustantivo), al futuro. Pero ambos existen solo en presente: es combatir el sufrimiento actual (consolar), la angustia actual (tranquilizar), y una cosa no es posible sin la otra, ya que el sufrimiento da miedo y la angustia hace daño. Se trata de habitar el presente y de intentar hacerlo al menos soportable, y hasta agradable, si se puede. Hay mucho que hacer, como se suele decir, y lograrlo puede llevarnos toda una vida.

¿Se puede conseguir del todo? No lo sé. El sabio sería aquel que ya no necesita ser consolado ni tranquilizado, el que vive sin añoranzas ni temores. Y mejor para los que lo consiguen, si es que existen. Yo soñé con ello, cuando era joven, luego este sueño se desvaneció. La sabiduría me importa menos que la vida tal y como es, tal y como transcurre, y esta es en

verdad la única sabiduría. Sabiduría trágica: sabiduría sin Dios, sabiduría imposible. Pero con Dios resultaría superflua.

Nada consuela más que la desaparición de la desdicha; pero eso es lo que nadie puede prometer, y sin la fe ni siquiera anunciar. La muerte, ciertamente, lo logra. Pero ¿quién lo consideraría un consuelo suficiente?

Sin embargo, en mis peores momentos, he llegado a considerar que era el único consuelo. «Este horror —me decía— no durará siempre.» Todo es eterno porque todo es verdad, pero lo único definitivo, para quien está vivo, es la muerte. Es legítimo ver en ella una especie de consuelo, aunque sea negativo. Todo sufrimiento cesa allí donde acaban todos. Pero lo inconsolable sigue estando ahí, simplemente aligerado, en la medida de lo posible, del peso ilusorio de su propia perpetuidad. Los muertos no necesitan ser consolados. Los vivos sí, y no pueden serlo del todo. Es lo trágico en estado puro: lo inconsolable del vivir.

Pienso en esta frase de Bobin, a propósito de Artaud: «Consuela nombrando lo inconsolable». Es el secreto de los textos auténticamente grandes, de las grandes obras, sobre todo las musicales, y de esas ganas de llorar que a veces nos embargan en plena felicidad, y que se le parecen. La vida inconsolable, irremplazable, perfecta.

¿Porque el mal no es nada? ¡Qué va! Porque la vida lo es todo.

No obstante, he debido de acercarme un tanto a la sabiduría porque ahora me ocupo menos de ella. Ahora sé que moriré sin consuelo. Lo acepto más o menos, y este es el único consuelo del que me siento capaz.